derecho á esperar. Huyendo del furor del hermano y del favorecido pretendiente de la infeliz Diana, cae en el Atoyac, y perece ahogado en las ondas del río, hinchado por la tempestad. Mejor hubiera sido que muriera Alvarez (quien había ascendido á Ministro) ajusticiado por su propio partido, ó víctima de la plebe en una asonada popular. Pero los buenos cristianos no saben matar ni aun en romances. Ahí está como ejemplo, que disculpa á Roa, el insigne novelista Padre Coloma. ¿Hay muerte menos *satisfactoria* á los ojos del público que la del hijo de *Currita* en «*Pequeñeces*,» ó la de *Boy* en la novela de este nombre?

IV

DIEZ años más tarde (1861) escribió Roa «*La Cuesta del Muerto.*» Es una preciosa leyenda, en muchos puntos parecida á *Diana;* en otros, diametralmente diferente. Su base es una tradición ya formada, y se funda en un hecho verídico. La época se remonta al siglo diez y ocho; y aunque la narración de los sucesos, se haga á mediados del décimonono, el autor no puede ser tan *subjetivo* como en el poema anterior. El actual se reduce también, como aquél, á *amoríos de casa de campo.* Pero su relativa antigüedad y la categoría de los personajes, le da un interés que no puede tener un drama contemporáneo; y los amores son en sí trágicos, terroríficos, sin que el poeta tenga que hacer esfuerzo alguno para darles importancia ó color.

Así es que, aunque los versos sean igualmente vigorosos en una y otra leyenda, las descripciones igualmente poéticas, los episodios trazados con la misma

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
3302

maestría, el esfuerzo del poeta es mucho menor. Como *Ithamar, la Cuesta del Muerto* resultaría un poema aunque se escribiera en mala prosa; pintada en cadenciosos versos raya en lo sublime.

Don Lope Aranda, noble español, héroe del sitio de Gibraltar, é íntimo amigo de Carlos III, no es un emigrado vulgar. En un arrebato de su carácter violento y altivo, ofende al Rey, que lo destierra á Méjico. Compra, cerca de Jalapa, hermosa y productiva finca; y subyugado por repentino amor, contrae matrimonio con la hija de un rico minero, quien le entrega su mano, pero no el corazón. *Corazón de cieno* lo declara el poeta; y ella se encarga de probarlo manteniendo en la hacienda ilícitas ó sospechosas relaciones con dos jóvenes, que bajo el mismo techo moraban, y engañando simultáneamente al marido y á entrambos amantes. Al descubrir Don Lope algo de la trama, cae herido primero de un ataque de apoplejía, y luego por la daga que en manos de un amante pone la misma mujer. Esta concierta con el segundo amante romántica fuga, y, entretanto, sale de la casa con el primero y el cadáver del esposo, y precipita á los dos desde la cuesta que desde entonces lleva el nombre *del Muerto.*

Tal es el esqueleto de la leyenda; y con tan poética base, no era difícil á un vate en la flor de la edad, en la época de las ilusiones, y ejercitado en este género de literatura, revestirlo de bellezas, y engran-

decerlo con arranques sublimes de ingenio y de pasión. Así lo hizo Roa, desempeñando su papel con una habilidad de que van á juzgar los lectores por los trozos que copio en seguida:

«De cuanto he visto no hay cosa
Que así me halague y sonría
Como mi ciudad natía,
Como Jalapa la hermosa.»

Con estos hermosos versos empieza la serie de *treinta y ocho* cuartetas con que hace la descripción del camino de Jalapa á Coatepec. Quizá la encontrarán algunos demasiado prolija; pero hay que perdonarle este defecto, si defecto fuere, en atención al entusiasmo que respira desde el principio hasta el fin, y al amor á *su ciudad natía*, que, en efecto, para propios y extraños, se cuenta entre las más hermosas de Méjico.

Sigue (bajo el número II) un hermoso romance titulado «*El cronista y su guía.—La cuesta.—La tradición.*»

El número III es una cadena de brillantes octavas, que hablan de «*La Hacienda de Don Lope.—Aniversario de la boda.—Doña Inés.*»

«Casi un siglo hace ya que en los lugares
Do hallarás melancólicas rüinas
Con que á la diestra un poco te separes
Si de Jalapa á Coatepec caminas;

Cerca de espesos bosques seculares
De olientes liquidámbares y encinas,
Y al fin de la ancha, y ya borrada senda,
Se alzó de un español la rica hacienda»

. . . . . .

«Mas si Don Lope Aranda ama el dinero,
También ama el gastarlo con largueza.

. . . . . .

«Opiparas comidas, instrumentos,
Libros de ciencia, nuevas construcciones,
Caballos y jauría, experimentos,
A la joven esposa ricos dones,
De Don Lope se llevan por momentos
Y en columnas cerradas los doblones—
Amén de alguno que otro sacrificio
Al terrible Birján, nunca propicio.»

. . . . . .

«El quinto aniversario es de la boda
De Don Lope é Inés, y año tras año
Se celebraba en la comarca toda

. . . . . .

«Allí Román, que con su potro juega,
Contempla á Inés con atención muy viva

. . . . . .

«Francisco más allá, joven robusto,

. . . . . .

Escoge á Doña Inés para su dama
Durante el día, y la regala flores,
Y por patios la sigue y corredores.»

¿Por qué vino Don Lope á América? pregunta el

poeta en el número IV, y responde en una serie de octavas, tan sonoras como las que acabamos de ver.

«Trasladaré al lector á lo pasado
Cinco ó seis años antes, y en privanza
Le haré ver á Don Lope, y festejado
Allá en Madrid, por el favor que alcanza.
Una misma pasión, nudo apretado
De franco afecto é íntima alianza
Formó entre el noble y brusco caballero
Y el poderoso rey Carlos Tercero.»

Más abajo volveremos á hablar de esta amistad, y de la ruptura que ocasionaron los arrebatos de Don Lope. Ahora sólo mencionaremos los resultados que la última produjo.

«Carlos le perdonó; pero le cierra
La augusta Majestad, dél ofendida,
Las puertas ¡ay! de la nativa tierra
Y le manda que en Méjico resida.

Véamos ahora *el casamiento de Don Lope* (número V).

«La Ciudad á celebrar se apresta
Del CORPUS hoy la religiosa fiesta.
«Del fresno y liquidámbar enlazados
Forman los tallos enramada umbrosa
Por las alegres calles, y á los lados
La multitud se agolpa silenciosa.
Hay altares riquísimos alzados
Acá y allá, do el Sacramento posa,

Y el soplo hace ondular, del aura amiga,
La llama del blandón, la rubia espiga.
«Desde las torres el metal sonoro
De las campanas, su clamor da al viento;
De atambores y pífanos el coro
Suena, si calla musical concento.
Lleva el pastor en relicario de oro
La Augusta Majestad del Sacramento,
Y al pasar de soldados entre hileras,
Humíllanle sus armas y banderas.
«Abre la procesión y se adelanta,
El estandarte de la Cruz llevando
Con brazo fuerte y con segura planta,
Noble anciano, que ejerce civil mando;
Turba de niños, que la vista encanta,
Angeles ó sibilas figurando,
Sigue después, y porta pebeteros,
Haces de trigo, frutas y corderos.
«En blanca nube de oloroso incienso
Que arde en braseros de bruñida plata,
Se oculta el Dios que con poder inmenso
Enfrena el mar y el aquilón desata.
Mírale el sol, desde el zenit suspenso,
Y su alabanza en armonía grata
Ensayan aves, céfiros y fuentes,
É inclínanse ante Dios todas las gentes.»

Trazaba estas líneas Roa Bárcena el año de 1861, cuando el partido radical había triunfado de sus adversarios y dictaba todos los días medidas sangrientas contra la Religión. Entre ellas estaba la prohibición de esas bellas procesiones religiosas, que formaban y forman la delicia del pueblo católico. Se comprende, pues, que el poeta describiese la del Corpus con tanto sentimiento, y encantado con su propia pintura lanzara profundos suspiros, emanados de su llagado corazón de católico.

«Tiempos de dulce paz y fe sincera
En que la vida resbaló tranquila.....
¡Tiempos de fe y de amor! ¡Si fuese dado
Teneros en lugar de los presentes!.....

Así exclama el vate dolorido, y aun ahora, después de medio siglo, estoy seguro que el lector mezclará sus propias lágrimas con las del cristiano poeta.

Viendo la procesión en un balcón se hallaba Doña Inés. A verla vino Don Lope de su hacienda, y al mirar á la hermosa doncella quedó su corazón subyugado por su garbo y señorío. Poco tiempo después se unieron ante el altar.

«Y Don Lope, al tomar en la presencia
Del cura, aquella mano deliciosa,
No vió en su ceguedad, de dicha lleno,
Que el corazón de Inés era de cieno.»

La vida doméstica (número VI) tenía que ser como lo presagiaban tales antecedentes. Llega el quinto aniversario de la boda, y en *el convite* admirablemente descrito en el número VII, pronuncia Don Lope, entusiasmado, el siguiente brindis:

«Del alto favor caído
De Carlos, gloria de España,
Me condenó en tierra extraña
Al deshonor y al olvido.
«Mas de las iras reales,
Que respeto cual vasallo,
Los cielos burlan el fallo
Trocando en dicha mis males.
«Franca, amistosa acogida
Dióme esta colonia, á fe,
Y casi al llegar hallé
Con el amor nueva vida.
«Y no el amor me hirió en vano,
Pues sellando mi ventura,
Inés me entregó ante el cura
Su corazón y su mano.
«Por mí, que he sido asaz necio,
Aquí su beldad sepulta,
Cuando estar no debe oculta
Joya de tan alto precio.
«Lejos de aquestos lugares
Presto se hallará en su esfera,
Cual la corza en la pradera
Y como el pez en los mares.»

Al llegar á esta parte del brindis cree descubrir pruebas de infidelidad en su esposa, y da ocasión al trágico desenlace que se narró al principio.

Quien lea todo el poema con atención verá con cuánta justicia dice el insigne literato Colombiano Don Miguel Antonio Caro, que «Roa Bárcena narra con

facilidad y gracia; encadena á sus relaciones el interés del lector; describe con pincel de artista que ama y observa la naturaleza; con fidelidad da á conocer las costumbres de nuestros mayores, nacidos ó avecindados en América; cuando escribe el poeta en su propio nombre, sus sentimientos nobles y puros hablan desde el papel con muda elocuencia al alma; sabe su lengua, conoce los recursos de la versificación castellana, y así maneja el popular romance como la aristocrática octava real.»

Al hablar del desenlace de *Diana* dije que los literatos cristianos no saben matar, ni aun con la pluma. ¿Cómo es que aquí mata á sus personajes con golpes tan diestros? No sólo Don Lope y uno de los amantes mueren asesinados por la pérfida esposa, sino que ella misma perece en el cadalso, y el segundo amante, sinceramente arrepentido y con verdadera vocación, viste en Lima el hábito franciscano. Fácil es la respuesta. No es el poeta, sino la tradición, quien mata de esta suerte á los héroes del drama. Aun lo que añade el autor de su propia inventiva, no es exclusivamente suyo. Estaban muy en boga entonces los Romances del Duque de Rivas, y sin duda en el «Cuento de un veterano» se inspiró para describir la marcha de Inés hasta la *Cuesta del Muerto,* obligando á su engañado admirador á cargar sobre sus hombros el cadáver de la víctima.

Otra cuestión es más difícil de resolver. La des-

cripción de Carlos Tercero y del incidente que dió ocasión al desacato de Don Lope, es en todos sus puntos irreverente, y aun raya en caricatura.

«La pasión de la caza era ya vicio
En el famoso Rey, que al fin acaba
El fardo por soltar de su alto oficio,
Trocando el áureo cetro por la aljaba.
. . . . . .
«Más que al reino á sus parques atendía. . . . . .
Y á quien manos sacrílegas ponía
En guardas, pastos, provisiones, fieras,
Reservaba la ley penas severas.
. . . . . .
«Del Rey el guardabosque á su presencia
Llegó una vez, y en ademán confuso
. . . . . .
No sin servil temor grave ocurrencia
En estos ú otros términos expuso:
—De la bellota junta en la alquería
Eché á los ciervos la ración del día.
. . . . . .
«Volví luego á contarlas, y por cierto
Que un hurto en ellas cometió el villano.
—¿Y la falta cuál es, que en ellas notas?
—Faltaron al montón siete bellotas.
—«¡Siete años á presidio el aldeano
Cuyos mozos me roban!— el Rey dijo.»

Si hubiera Roa escrito estos versos en 1866, cuando desengañado ya del Imperio Mejicano, todo lo veía á través de sus desilusiones, nada me admiraría.

Antes bien, me habría figurado que era una fina sátira contra el reinante Emperador. Pero no acierto á concebir por qué trazó estas líneas un conservador convencido, precisamente en los momentos de sus ilusiones monárquicas.

La Cuesta del Muerto forma parte de una colección de Leyendas Mejicanas publicada en 1862; pero parece que está fuera de su lugar junto á Xóchitl ó la Princesa Papantzin. Es más bien una leyenda netamente española, ó, á lo sumo, hispano-americana; y por esto ha tenido más aceptación y ha agradado más á críticos tan competentes como Menéndez Pelayo y el Bogotano Caro. Vamos á ver en qué fundan su preferencia estos insignes censores.